LUIS PASCUAL FRUTOS

EL ETERNO IDEAL

ENTREMÉS

EN PROSA, ORIGINAL

Copyright, by Luis Pascual Frutos, 1919

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1920

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRÄS

N.º de la procedencia

EL ETERNO IDEAL

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles*, son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation de traduction et de reproduction reservés pour tous les pays, y compris la Suede, la Norvege ét la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL ETERNO IDEAL

ENTREMÉS EN PROSA

ORIGINAL DE

LUIS PASCUAL FRUTOS

Estrenado en el TEATRO VICTORIA EUGENIA de San Sebastián, el 15 de diciembre de 1919

MADRID

R. Velasco impresor, Marqués de Santa Ana, 11 dup.

TELÉFONO, M 551

1920

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
AZUCENA.....	Srta. Adela Cantos.
TOMÁS.....	Sr. Cano (Felipe).
FERNANDO.....	Vivas (Eduardo).

La acción en una plaza pública de Madrid.—Epoca actual

Derecha e izquierda, las del actor

ACTO UNICO

La escena representa una plaza pública. En primer término derecha, un puesto de café económico, con los utensilios propios de este comercio. Botellas de licores y bandejas con bollos y churros. Un cántaro con agua al pie del puesto. En primer término izquierda una prendería con el siguiente rótulo: LA ELEGANTE. PRENDERÍA. La puerta aparecerá cerrada. Empieza a amanecer.

ESCENA PRIMERA

TOMAS y a poco FERNANDO

TOMÁS (Aparece en escena limpiando las copas y arreglando el mostrador, mientras canta la copla siguiente.)

«¡Ay de mí!...
¡Ay de mí!...
¡Si acabaré llorando
yo que siempre reí!...»

(Después dirige una mirada por la plaza, y convencido de que no puede verle nadie, coge el cántaro de agua y echa de este líquido en la cafetera de la leche. Cantando.)

«Agua que no has de beber,
déjala correr.
¡Déjala! ¡Déjala!»

(Hablado.) Por eso yo la mezclo con la leche, para que corra.

FERN. (Apareciendo por segundo izquierda.) ¡Buenos días, Tomás!

TOMÁS ¡Carape, don Fernando! ¡Tanto bueno por

725290

acá! ¡Ya creí que me había usté *dao de costadillo!*

FERN. Calla, hombre, ¡si por poco te quedas sin parroquiano!...

TOMÁS ¿Ha *estao* usté *pa diñarla?*

FERN. Completamente desahuciado.

TOMÁS ¿Pero ha sido posible?

FERN. ¡Figúrate, pulmonía doble!..

TOMÁS ¡Agarra!... ¡Usté como siempre... a todo meter; no le gustan las cosas a medias!

FERN. Pero ya me tienes tan fuerte. Dame una de coñac, pero tres estrellas, no como la última que me diste.

TOMÁS Señorito, ¡pero qué cosas tiene usté!... Mi género es de una autenticidaz que aplana y no hay ningún parroquiano que beba mi coñac, que no vea las estrellas. ¡Pruebe! (Le sirve media copa.)

FERN. (Bebiendo.) ¡Remolacha!... Oye, Tomás, ¿no te habrás equivocado de casco?

TOMÁS ¿Pero no decía usté que estaba tan fuerte?

FERN. Y continúo diciéndolo. ¡Como que no hay quién lo beba!

TOMÁS ¡Bien se conoce que está usté convaleciente! ¿Por qué no toma usté una de *almonovar*, que es dulce y se deja beber?

FERN. Lo que más te acomode, porque como el caso es matar el tiempo!...

TOMÁS ¿Pero continúa usté tan *trasnocharniego*, como siempre?

FERN. Hay cosas, Tomás, que no se varían más que con los años. Yo trasnocho porque tengo ese hábito y además, una razón poderosa.

TOMÁS ¡Usté *desimule* que respete su mutismo!

FERN. ¡No, si quiero que la conozcas; si me es preciso dártela a conocer; si me es necesario que la sepas; si tú eres mi todo!

TOMÁS ¡Eso parece una charada!

FERN. Más bien un enigma, que tú vas a resolver.

TOMÁS ¡Mire usté, don Fernando, que yo no entiendo de *poblemas!*

FERN. Del que voy a hablarte, seguramente, más de lo que parece.

TOMÁS ¡Si es cosa de mi establecimiento!

FERN. Y del local.

TOMÁS ¡Del local! ¡Le prevengo que como es tan amplio no *carculo!*

FERN. Pues vas a saberlo todo. ¿No comparte este local, tu... vecina?

TOMÁS ¿La niña bonita? ¿La prendera?

FERN. Tú lo has dicho.

TOMÁS ¡Luego usté es mi parroquiano y trasnocha!

FERN. Por esperar a que abra su tienda y salga la niña bonita.

TOMÁS ¡Ay, señorito! ¿Está usté seguro de que ya está bueno, o sigue usté *deliriando!*

FERN. Estoy bueno, pero delirando por esa muchacha.

TOMÁS ¡Pues más le hubiera valido haber muerto de la pulmonía doble!

FERN. ¿Tan perversa es la moza?

TOMÁS ¿Perversa? ¡Canela fina, miel de la Alcarria y yemas de San Leandro! ¡Pero si es un trozo de mujer que da más gusto mirarla que un hueso de jamón en el cocido!

FERN. ¿Luego es un buen bocado?

TOMÁS Es un banquete suculento, pero mi amigo, todo lo que tiene de real hembra, le sobra de orgullosa y dice que todavía no ha nacido el rey que ha de *vincularla.*

FERN. ¿Eso dice?

TOMÁS Así contesta a la legión de pretendientes que la asedian desde que el sol sale, hasta que se pone.

FERN. ¿Y si viniese uno derecho?

TOMÁS Se marcharía torcido, como todos.

FERN. ¿Y si insistiese?

TOMÁS La misma respuesta.

FERN. ¿Estás seguro?

TOMÁS ¿Pero no lo veo desde mi establecimiento todos los días?

FERN. Pues aún así, no desisto. Te juro, Tomás, que al principio de venir a tu casa a tomar la espuela, para irme de retirada y encontrarme a esa mujer tan recompuesta y tan hermosa, la miraba con complacencia, con simpatía, pero nada más. Buena prueba de ello, es que no la dije jamás ni aun por galantería, una lisonja, más caí enfermo y en mis delirios, según cuentan, pedía a la niña bonita.

TOMÁS Toma, eso lo pido yo todas las noches en mis oraciones.

FERN. Y yo desde entonces a todas horas, pues ya

es mi obsesión y cuanto tengo, cuanto soy y cuanto valgo, lo doy por esa muchacha.

TOMÁS Conformes de toda conformidad, porque yo haría lo mismo, aunque tuviese que rifar a mi señora, que por lo antigua, tiene un valor intrínseco, de muchos millones.

FERN. ¡Entonces, disculparás mi ceguedad!

TOMÁS ¡Cómo disculparla!... y alentarla, si eso fuera posible, pero, señorito Fernando, creo que pretender a esa muchacha, es lo mismo que ir a caza de leones con liga.

FERN. ¡Quién sabe! ¿Y si ahora cuando salga, la invito aquí a tomar lo que quiera?

TOMÁS Lo de la invitación me parece bien, pero como es tan orgullosa, puede contestarle que ya tiene el cocido puesto.

FERN. Y si tú me presentases a ella con un pretexto como... el de que voy a poner casa y en la suya podría encontrar...

TOMÁS ¡De ninguna manera! Podría creer que era una *chufla,* comparar su casa con el hotel de Ventas.

FERN. ¿Y no sabrías ingeniarte un medio, para que hablase con ella?

TOMÁS Así, claro, de repente, sin un estudio *profundo* y *meditado*, no se me ocurre nada, pero en otras ocasiones, que delante de mí ha dado calabazas, me hizo pensar, que merecía otro procedimiento para castigar su soberbia.

FERN. ¿Cuál?

TOMÁS El *indiferentismo.*

FERN. ¿Pero así, cómo va a enterarse de que estoy enamorado?

TOMÁS Por lo menos, se la intriga. Una mujer que cree merecerse el *rendivú* de todos los hombres, cuando tropiece con uno que al pasar por su lado ni la *olfatea* siquiera, se verá ofendida en su amor propio y querrá revindicarle.

FERN. ¡Tal vez tengas razón!

TOMÁS ¡Ay, señorito! La sabiduría de los años y el ejemplo *perene* de mi mujer, me han enseñado a sacar brillo de una alcuza.

FERN. Entonces tú te comprometes...

TOMÁS Poco a poco, señorito. Yo como industrial estoy dispuesto a servirle de cabeza, en todo aquello que *afezte* al establecimiento; como

particular, me pongo a sus órdenes, pero como tutor, no puedo decirle de este agua no beberé.

FERN. Pero, ¿y esos años de sabiduría de que tanto blasonas?

TOMÁS Los tengo para conocer a mi mujer, pero a las demás *neguaguam*. La misma *esperencia*, me ha enseñado a saber, que no se sabe nada de las intenciones de las otras.

FERN. Pero, sí conocerás la aguja de marear.

TOMÁS Y de enloquecerlas, porque además de la aguja, tengo un gancho... No hay más que ver la parroquia de criadas que viene a mi establecimiento. Pues no es más que por el gancho y la aguja.

FERN. Y eso que cuando llega tu mujer, las espanta.

TOMÁS Bueno, es que mi mujer espanta hasta a los hombres. Pero silencio, que ya rechina la cerradura.

FERN. ¿Y qué hacemos?

TOMÁS Usté nada. Así que se acerque la moza a tomar su desayuno, usté se bebe su *almonovar* que le voy a poner, paga y se despide hasta luego, sin proferir una queja, ni hacer un gesto, ni mención de que hay una mujer delante.

FERN. ¿Ni mirarla siquiera?

TOMÁS ¡Pero criatura!... ¡Si la mira, se va quedar usté *galvanizao!*

ESCENA II

DICHOS y AZUCENA

AZUC. (Abriendo la puerta de la prendería y colgando sobre ella unos manojos de zorros, unas cestas y unos burletes.) (¡Hola! ¡Ya ha vuelto el joven de las miradas tiernas!)

FERN. (Vuelto de espaldas a la tienda.) ¿Es ella?

TOMÁS La misma. Pero silencio.

FERN. ¡No ves qué mujer!

TOMÁS ¡Eso es carne, y no la que pone mi mujer en el puchero!

FERN. Si consigues que acepte mi conversación, te pongo un establecimiento con recuelo tango.

TOMÁS No diga usté más. Bailaremos hasta de coronilla.

AZUC. (Después de colgado todo.) Ya está todo en orden. (Llegando al puesto de Tomás.) Buenos días.

TOMÁS Buenos días, Azucena. Hoy ha salido el sol más temprano.

AZUC. Un minuto antes, según el almanaque.

TOMÁS Y según todos los que te vean.

AZUC. ¡Te veo! Bueno, ¿me da usted lo mío?

TOMÁS ¡Y toda la tienda! Tu boca es medida.

AZUC. ¿Es hoy su fiesta onomástica?

TOMÁS No, pero estando contigo siempre estaría de fiesta.

AZUC. ¿Nacional?

TOMÁS ¡Azucena, por quién me has tomao!

AZUC. Acabe usted, tío pelmazo.

FERN. (¡Pues sí que tiene buen gancho!)

TOMÁS Toma y gracias por el parentesco.

AZUC. (Llevándose a la boca el vaso de leche, que le sirve Tomás.) Esto está hirviendo.

TOMÁS ¡Y cómo quieres qne esté si la estás echando la mirada!

AZUC. ¡Gracioso!

FERN. Vaya, cobra, que tengo que hacer.

TOMÁS ¡Tanta prisa tiene usté, señorito Fernando! Déjela usté que espere.

FERN. (¡Pero qué dice este hombre!)

TOMÁS Aquí, por lo menos, se pasa bien el rato y se contempla la naturaleza en todo su esplendor.

FERN. El tiempo es oro. Hasta luego, Tomás. (Vase precipitadamente por segunda izquierda.)

ESCENA III

AZUCENA y TOMAS

AZUC. (Enojada viendo partir a Fernando.) ¡Y la compañía que te saque los ojos!

TOMÁS Mujer, no habrá *reparao*.

AZUC. Claro, como soy tan insignificante para un señorito...

TOMÁS No es eso, mujer. Ya sabes que los enamorados cuando van a ver a la novia, no ven más allá de sus narices.

AZUC. Eso santo y bueno cuando vayan con ellas,

pero ahora no creo que esté tan ciego para no haberme visto.

TOMÁS Mujer, puedes no importarle.

AZUC. Será ahora, que antes no apartaba ojo de mí. ¡Digo! ¡Si me taladraba con las miradas!

TOMÁS ¡Pero qué me cuentas!

AZUC. ¡Lo que usted oye! Ese señorito pelmazo que antes le tenía usted toda la mañana delante del puesto, no estaba más que por verme a mí.

TOMÁS ¿Será posible? Pues nunca me dijo nada.

AZUC. ¡Ni a mí tampoco!

TOMÁS Entonces, ¿cómo sabes?

AZUC. Porque no hacía más que mirarme y de cuando en cuando lanzaba un suspiro.

TOMÁS Oye, no sería ese suspiro, el hipo del coñac.

AZUC. ¡Narices! Ni que no supiera lo que es una cosa u otra.

TOMÁS ¡Me dejas *esangüe!*

AZUC. Y no ha pasado a mayores porque ante tales impertinencias me metía en casa sin dirigirle la mirada siquiera.

TOMÁS Entonces, ¿cómo veías que te miraba?

AZUC. ¡Con el rabillo del ojo!

TOMÁS ¡Vaya con el rabillo!

AZUC. ¿Pero sabe usted lo pelmazo que se ponía? Lo que me extraña es que usted, con esa vista de lince que tiene, no lo haya notado.

TOMÁS Mujer, ya sabes que yo solo me ocupo de mi comercio.

AZUC. ¿Pero nunca le habló de amores?

TOMÁS ¡A mí! ¡Azucena, qué dices!

AZUC. Ya sé que hablarle a usté de esas cosas es predicar en desierto, pero reunirse dos hombres y uno enamorado, y no murmurar de la mujer, es inconcebible.

TOMÁS Calla, ¿pero es a ti a quien se refería?

AZUC. ¡Naturalmente!

TOMÁS ¡Eso es imposible!

AZUC. ¿Es que yo no me lo merezco?

TOMÁS Lo que decía de ti, no, ea; por eso nunca pude pensar que fueses tú la protagonista.

AZUC. Señor Tomás: me pone usted en cuidado. ¿Qué decía de mí?

TOMÁS (¡Ya picó en el anzuelo!)

AZUC. Dígamelo usted, todo por muy amargo que sea.

TOMÁS Mujer, no te soliviantes, que a lo mejor no eres tú esa beldad de quien hablaba.

AZUC. ¡Era yo, seguramente, señor Tomás!

TOMÁS (¡Pues vas a llevar lo tuyo!)

AZUC. No disimule usted ni las palabras ni la intención.

TOMÁS Pero, muchacha, ¿qué puede importarte ese señorito, ni lo que diga ese señorito?

AZUC. Para mí como si no existiese.

TOMÁS Y esa debe de ser tu idea fija, porque ese hombre no es *dizno* de ti.

AZUC. ¡La fija!

TOMÁS Además es muy *mujerniego* y muy dado a la francachela.

AZUC. ¡Pues vaya un regalo!

TOMÁS Y a cuantas veo, cuantas quiero, pues en todas encuentra... *un no sé qué*... imposible de decírtelo.

AZUC. ¡Ya me lo figuro!

TOMÁS Y luego, como es tan afortunado...

AZUC. Pues conmigo no le ha valido su labia...

TOMÁS ¿Pero no dices que no te ha hablao nunca?

AZUC. Pero me lo demostraba con sus miradas, sus deseos y sus intenciones, y si no, ¿por qué le habló de mí?

TOMÁS Ya te he dicho que no sé si era a ti a quien se refería. El me habló de una *beldaz*, y por cierto, muy malitamente.

AZUC. ¿Pero qué dijo? ¡Rompa usted de una vez!

TOMÁS Pues me dijo: «Mira, Tomás, si en el mundo fueran todas las mujeres beldades, me enterraban con palma!»

AZUC. ¡Qué imbécil! ¿Y en qué lo funda?

TOMÁS En que tienen mucha fachada y poco fondo.

AZUC. ¡Eso será una apreciación!

TOMÁS Que las refuerza con estas pocas pequeñeces: «Son coquetas, orgullosas y vanas.»

AZUC. ¡Grosero! ¿Y él qué sabe, si no las ha tratado?

TOMÁS Tal vez lo sepa de oídas. No ves que como todas las feas le hablan, le habrán inculcado esas ideas, y además, como las encuentra tan propicias, sin hacer anteaudiencia y sin tener que pedir permiso a los papás para entablar relaciones, de ahí el que el muchacho no quiera perder el tiempo y las prefiera...

AZUC. ¿Y qué tiene que ver que las pánfilas le sean tan fáciles para juzgar así de las otras?

TOMÁS Es que él dice que el amor, como la hermosura y como el cabello, son flores de un día, que hay que lucirlas en el ojal cuando brotan, porque el amor muere, la hermosura pasa y el cabello cae.

AZUC. Oiga usted: ¿es poeta ese muchacho?

TOMÁS Mira: cuasi, cuasi, porque el pensamiento se las trae.

AZUC. ¡Vaya! Como que estoy por declararme a usted antes de que se me pase la hermosura y a usted se le caiga ese pelo... que le queda en la calva.

TOMÁS ¡Azucena, que yo te hablo por boca de ganso y en tesis general para que me tomes a chufla! Yo también he tenido mis quince abriles y mis amores y mi hermosura y mi pelo *rizao* y no he *querío* perder el tiempo, porque sabía, como ese señorito, que a los sesenta años todos somos calvos.

AZUC. ¡Si tan largo me lo fías!... Esos son romances de todos los despechados.

TOMÁS Chica, casi vas a hacerme creer que estaba *enamorao* de ti.

AZUC. ¿Pues de quién iba a ser entonces?

TOMÁS Según su manera de pensar de la cangrejera de la esquina, que como fea es un tiro, pero que al fin y al cabo es mujer, y que cuando se lava, no sé qué quieres que te diga.

AZUC. ¡Ya me ha dicho usted bastante!

TOMÁS Entonces, tablas. Tú te quedas con tu modo de pensar y el señorito con el suyo. Así como así no le importas nada!...

AZUC. ¿Y usted qué sabe?

TOMÁS ¿Pero no te he dicho cómo piensa de las mujeres bonitas? ¡Si daba hasta *indinación* oirle!

AZUC. ¿Pero ha dicho más?

TOMÁS ¡Digo!... Si no acaba nunca. ¡Que si os habeis *tragao* el molinillo! ¡Que si estáis siempre pendientes del tocador!, y esto me parece que lo decía con segundas.

AZUC. ¡Canalla! ¡Le araño a ese tío donde le vea!...

TOMÁS Tendrías que matarle si te contase todo lo que dice de vosotras.

AZUC. ¿Y usted, por qué no ha castigado su insolencia?

TOMÁS Mujer, como no ha dicho talmente a quién se refería y como la prudencia es la madre

de las virtudes, yo me dije, digo: «Si habla por despecho, inútil convencerle y si lo dice por *convinción* cualquiera le apea por las orejas.» Conque no hubo controversia.

AZUC. Así se habrá ido él tan orgulloso de su oratoria y de haber convencido a su auditorio. ¡Es usted un primo!

TOMÁS ¡Azucena! *Paece* mentira que tengas casa abierta y que olvides los respetos que se debe a la parroquia. Además, ¿soy yo acaso la niña bonita, para que me *haiga herío* en mi amor propio?

AZUC. Pero tiene usted mujer y ha debido usted salir a la defensa del sexo.

TOMÁS ¿Pero estás segura de que mi mujer es mujer?

AZUC. ¿Pues qué quiere usted que sea?

TOMÁS ¿Ves a los del tricornio? Pues sargento de esos.

AZUC. ¿También usted? Esas son las enseñanzas de ese señorito.

TOMÁS ¡No, tonta! Eso me lo ha ido inculcando mi mujer poco a poco en los cuarenta años que llevo de aguantarla, y como soy tan estudioso, ya no lo olvido mientras viva!

AZUC. ¡Es cuanto me quedaba que oir!

TOMÁS Pues si la oyes a ella, aprendes álgebra.

AZUC. ¡Cállese usted, *so* charrán!

TOMÁS ¡Pero, Azucena!

AZUC. Aunque fuese verdad, que lo dudo, no debía usted decirlo. La mujer se merece todos los respetos de los hombres y la propia, mucho más.

TOMÁS ¿Y quién te dice que yo no respeto a mi mujer? ¡Pues buena es ella si la faltase!

AZUC. Entonces, ¿por qué habla usted así?

TOMÁS Porque soy un hombre veraz y yo siempre digo: al pan, pan, y al vino, bien venido seas. Yo me llevo con mi mujer a partir un piñón, pero le partimos con piedra y a lo mejor se le escapa y mira qué chichón me hizo ayer.

AZUC. Calle, pues es verdad. ¿Y cómo fué eso?

TOMÁS Pues tirándome una piedra, ¿no te lo he dicho?

AZUC. Algo la haría usted...

TOMÁS A ella nada, y eso es lo que me da más coraje.

AZUC. ¡Es incomprensible!

TOMÁS Eso digo yo. Figúrate que estaba yo despachando el recuelo a la doncella del siete y, como chicas que son y con ganas de juego, al pedirla el dinero del consumo hecho, me dice: «Que no se lo doy, que sí se lo doy.» Y así me entretuvo un buen rato, hasta que perdiendo la paciencia, la dije a mi vez: «Que te los quito, que no te los quito.» «Que sí!, ¡que no!»; forcejeamos, y cuando tenía a la doncella cogida por la cintura mi mujer que se presenta y ¡zás!... el chichón. Ahora, dime: ¡cómo quieres que *homenajee* a mi señora!

AZUC. ¿Y quién le manda jugar a sus años?

TOMÁS ¿Pero no te he dicho que nos debemos a la parroquia? El día que deje de decir a esa doncella: «¡Que te cojo, que no te cojo», ella deja de venir a mi establecimiento. ¿No te has puesto tú *soliviantá* porque el señorito Fernando no te ha *dao* los buenos días y no tiene nada que ver contigo? Pues si yo a las parroquianas no las doy un pellizco que otro, me dejan en medio de la calle.

AZUC. El caso no es el mismo.

TOMÁS Las contrariedades duelen por igual.

AZUC. Diga usted mejor las groserías.

TOMÁS ¿Pero qué pueden importarte las de un desconocido?

AZUC. De cualquiera que ofenda a la mujer, y ya que usted no lo ha hecho no faltará quien dé una lección a ese mal educado. (Medio mutis.)

TOMÁS ¡Azucena! ¿Pero te vas así... tan disgustada... sin pagar?

AZUC. Páseme la cuenta a casa. (Mutis.)

ESCENA III

TOMAS y a poco FERNANDO

TOMÁS Pero, chica... ¡Ja, ja, ja! Ya lleva lo suyo y va rabiando por ver al señorito y soltarle tres o cuatro galanterías de órdago a la grande; pero el caso es parlamentar. ¡Ay, si yo hubiese *tenío* este trasteo hace cuarenta años!

FERN. (Saliendo segunda izquierda y dirigiéndose a Tomás.) ¡Y qué! ¡Dime! ¡Habla! ¿Se dió a partido?

TOMÁS Y está usté de enhorabuena.

FERN. ¡Al fin!

TOMÁS ¡Si conoceré yo el corazón humano de las mujeres.

FERN. ¿Pero cómo has podido rendir esa fortaleza?

TOMÁS ¡Por cansancio!

FERN. ¿Luego se ha resistido?

TOMÁS Con una *tenacidaz ciclópea*, pero mi añagaza pudo más.

FERN. Cuenta.

TOMÁS Que el desaire surtió su efecto; que se mostró resentida y que está loquita porque usté la desagravie. Claro que se fué sin pagarme el desayuno, pero en todas las guerras de conquista hay que exponer algo.

FERN. Eso corre de mi cuenta.

TOMÁS Calle usted, don Fernando. Eso y mucho más expongo por los amigos.

FERN. Con creces he de pagarte, si consigo la conversación con esa muchacha.

TOMÁS ¡Eso por descontao!

FERN. ¿De manera que si ahora la dirijo cuatro frases volcánicas?...

TOMÁS Mire, puede que ella le suelte cuatro frescas, porque como está *agraviá*... Pero eso no debe de achicarle; lo principal es que se entrevisten, que hablando se entiende la gente.

FERN. Con lo poquito que le hayas insinuado y las cosas que yo la diga, eso es pan comido.

TOMÁS Lo mismo creo yo. Pero usté no se acerole diga lo que diga, que cuanto más *indinada* se muestre, más pronto se cansará y vendrá la *reación* y la calma y el *veredito asolutorio*.

FERN. Comprendo, Tomás. Eres un sabio para eso del dominio de la mujer. Y ahora, una preguntilla suelta: ¿Cómo te parece que inicie la conversación?

TOMÁS Pues... usted pensaba decirla cuatro frases volcánicas, ¿no es esto? Conque sean acaloradas es suficiente.

FERN. Pero cuáles han de ser, porque como no me has dicho de lo que habeis tratado...

TOMÁS (¡En seguida te lo digo!) Calle usted, que se me está ocurriendo una idea *pelegrina*. ¡Preséntese usté a cobrar el gasto del desayuno!

FERN. Pero hombre, por una perra gorda me vas a poner en ridículo...

TOMÁS Pues preséntela el recibo pagao. El caso es iniciar la conversación, que a usté no han de faltarle preguntas, ni a ella respuestas y hasta me atrevo a decirle a usté más. Ella es muy posible que invente algunas frases clásicas para sacarle de sus casillas, pero usté, cuando se vea perdido, me echa usté a mí la culpa y entona el *usté* pecador.

FERN. ¿Y no sería más breve que me contases lo sucedido?...

TOMÁS Como no había taquígrafos, imposible de reproducirlo, pero no se atortole, que de usté es la chica. Me parece que allí sale. Le dejo al *cuidao* de mi establecimiento, mientras voy a la *tasca* de la esquina a tomarme la mañana.

FERN. ¿Pero no la puedes tomar aquí?

TOMÁS Aquí hace relente y me lo tiene prohibido mi mujer.

FERN. ¿Y si viene la parroquia?

TOMÁS Que espere unas miajas, que una *nesecidaz* la tiene cualquiera.

FERN. Pero venga en seguida por si hace falta.

TOMÁS ¡En seguida! (¡En seguida vuelvo, para que me hagan otro chichón!)

FERN. ¡Que si no voy a buscarle!

TOMÁS ¡Que vuelvo pronto! ¡Cuestión de media copa! (Mutis segunda derecha.)

ESCENA IV

FERNANDO y a poco AZUCENA

FERN. ¡Qué previsor es este Tomás! Se larga para que yo pueda echarle la culpa de todo aquello que me convenga. Nada, que le pongo el recuelo tango en cuanto quiera esa moza. Aquí sale; Fernando, tuyo es el mundo. (Se coloca bien el sombrero y apoya el brazo derecho sobre el mostrador, adoptando una postura gallarda.)

AZUC. (Apareciendo en la puerta de la prendería.) ¡Eh! Ni llamado con campanillas. (Se dirige muy airada a Fernando y dándole un golpe en el hombro.) ¡Mal educado! ¡Grosero!

FERN. (Sorprendido de la agresión.) ¡Joven!... Si es por el señor Tomás, le advierto que ha ido a tomar la mañana.

AZUC. Lo digo por usted.

FERN. ¿Por mí? Voy a hacerla el honor de creer que viene usted equivocada.

AZUC. Sí, señor; usted dispense. ¡Me he equivocado!... ¡Creí que era usted un hombre!...

FERN. ¡Señora!... O no está usted en su sano juicio o aquí hay una mala inteligencia.

AZUC. La de usted, que esta a obscuras.

FERN. ¡Es posible! No me había fijado que viene usted de guasa.

AZUC. Guasa la suya, que tiene para dar parte en la lotería de Navidad y llevarse los siete millones.

FERN. ¡Y de gracia tampoco está usted mal!

AZUC. Y de otras muchas cosas, que no pueden ver los miopes como usted.

FERN. ¿Pero puede saberse de una vez los motivos que tiene para tratarme de ese modo? Repito, joven, que le han dado mal la dirección o le han contado un cuento escandinavo. Yo jamás me he ocupado de usted... (Movimiento de Azucena.) más que para admirarla...

AZUC. (¡Eh!)

FERN. (Aproximándose a ella.) ¡Y quererla!

AZUC. (Rechazándole.) ¡Atrás, paisano, que todavía hay clases!...

FERN. ¡Digo, como que es usted una mujer de primera!...

AZUC. Y usted un hombre de segunda...

FERN. Usted lo ha dicho.

AZUC. De segunda enseñanza, y tiene usted que aprender un poco más para saber distinguir de colores.

FERN. Con usted todo lo veo de color de rosa.

AZUC. ¡Pues se ha equivocado, porque es *lila!*

FERN. ¿Lo dice usted también con segunda enseñanza? Porque parece ser que quiere usted darme unas lecciones de... algo, que no he pedido y que no ha menester, quien tiene aprobado el curso de la galantería.

AZUC. ¿Y el del buen gusto?

FERN. En ese tengo sobresaliente y usted juzgará. Hace ya un buen rato que me está insultando y vea con qué complacencia la escucho.

AZUC. ¿Desprecia usted mis calificativos?

FERN. No los creo razonados, y eso es todo.

AZUC. Yo sí, y los sostengo.

FERN. Y he de aceptarlos, porque pone usted un gesto para decirlos, que le hace a usted más interesante y más bonita.

AZUC. ¡Entonces estará usted sufriendo una barbaridad!

FERN. ¡Una barbaridad enorme!...

AZUC. ¿Luego es cierto que me odia usted profundamente?

FERN. ¿Pero quién le ha dicho a usted eso? ¿Acaso Tomás le ha hablado de mí en otro sentido?

AZUC. Sí, señor, y tanto me dijo del concepto que le merecen las señoras, que me propuse castigar su insolencia.

FERN. ¿Pero usted puede dar crédito a un hombre que no tiene ninguno, ni para su comercio?

AZUC. Me bastó ver su falta de cortesía momentos antes.

FERN. Pero, ¿qué dice usted? ¿Será posible que pueda ofenderla un desconocido que no se creyó obligado a darle los buenos días, porque usted, ingratona, jamás quiso cruzar su mirada con él?...

AZUC. ¡Y usted, despechado por haber perdido el tiempo, le pareció mejor tratar a las mujeres como un guiñapo!...

FERN. ¡Yo!

AZUC. ¡Sí; usted que las cree orgullosas, vanas y coquetas!

FERN. ¿Pero eso le ha dicho Tomás?

AZUC. Y que como a usted no le gusta perder el tiempo, porque el amor muere, la belleza pasa y el cabello se cae, se dedicaba usted a las feas, que esas no tienen que pedir permiso a sus papás.

FERN. ¡Por vida de la panocha! ¡Ese infundio de las feas es lo que más me ha llegado a lo vivo! Le juro a usted que para mí están de más.

AZUC. ¡Y todas, entonces, según su teoría, porque si las mujeres fuesen beldades, le enterrarían con palma!

FERN. ¿Pero usted cree posible eso?

AZUC. Y que le entierren o no, me tiene sin cuidado, pero lo que no he de consentirle, es que

diga que nos hemos tragado el molinillo y que siempre estamos pendientes del tocador.

FERN. ¿Pero si pensase de usted todas esas cosas, estaría ahora rogándola que me escuchase?

AZUC. Si tanto tenía que decirme, ¿por qué se fué tan deprisa a ver a su novia?

FERN. ¿También le ha dicho eso? Ea, basta. La debo la verdad. Lo que pienso y siento por usted, es tan grande y tanto, que hasta por los ojos me salía. Y lo vió Tomás y tuve que confesarme a él en busca de consuelo, ya que usted con sus desdenes me martirizaba, y me propuso un plan a seguir, para poder llegar hasta usted y salir de esta incertidumbre. «Si ella ha visto en usted interés—me dijo—que vea ahora indiferencia. Cuando salga, no la dirija usted ni una mirada ni un gesto, y si aquí llega, se larga usted sin despedirse, que ella al ver un cambio tan brusco, entrará en curiosidad, y lo demás corre de mi cuenta». Y esto es todo.

AZUC. ¡Ah! ¿Conque todo ha sido una burla del señor Tomás?

FERN. ¡Burla no; fué un medio para interesarla!

AZUC. ¡Y suponía el señor Tomás que como soy *tan curiosa,* caería en el lazo!...

FERN. ¡Una estratagema inocente!... ¡Perdónele en gracia de la buena intención!...

AZUC. ¡Inocente y buena intención, injuriando, por boca de usted, a las mujeres!...

FERN. Pero yo la juro que adoro en ellas.

AZUC. ¿Está usted dispuesto a confesarlo delante de Tomás?

FERN. Y delante de todo el mundo.

AZUC. Me basta conque sea delante de él solo.

FERN. Pues no ha de esperar usted mucho, porque aquí llega.

AZUC. Justo es reconocer que el plan de Tomás ha tenido buen resultado, puesto que consiguió lo que se proponía, y para darle más verdad y a fin de que pueda saborear su triunfo, va usted a decirme lo que piensa de mí, como si no nos oyese nadie.

FERN. Y si usted me lo permite, le hablaré tan cerca, que pueda persuadirse de lo mucho que la quiero.

AZUC. Pero no tanto que se crea otra cosa.

FERN. Verá usted. (Se aproxima a ella e intenta cogerla una mano.) ¡Así!...

AZUC. No, así, no. Como al higuí al higuí, con la mano no, con la boca sí.

FERN. Pues así, entonces. (Colocándose detrás de ella y mirándola por encima del hombro.)

AZUC. ¡Pero cuidadito con lo que se hace!

FERN. Silencio, que aquí llega. (Hacen cuadro.)

ESCENA V

DICHOS y TOMAS

TOMÁS (Apareciendo y sorprendiéndose del cuadro que se ofrece a su vista.) (¡Arrope!... Mucho esperaba de mi sabiduría, pero no tanto.)

AZUC. (A Fernando.) ¿Pero se ha quedado usted mudo?...

FERN. ¡Asombrado de ver este cuello tan bonito!...

AZUC. Déjese ahora de figuras retóricas.

TOMÁS (Yo debo de llamarles la atención, porque no me parece que en medio de la plaza pública se arrullen como si estuviesen en la plaza de San Marcos de Venecia...) ¡Ejem!... ¡Ejem!...

AZUC. ¡Nos llama la atención! ¿Lo está usted viendo?...

FERN. (Por el cuello de Azucena.) Porque lo estoy viendo, no sé cómo puedo contenerme.

AZUC. ¡Diríjase usted a mí solamente!

TOMÁS (¡Vaya un señorito! ¡Se la está desayunando con la mirada!)

FERN. ¿Y era esto, (Por Azucena.) lo que yo no quería? Pues sépalo usted todo de una vez. ¡Ese sinvergüenza de Tomás!...

TOMÁS (¡Hola!... ¡Me parece que habla de mí!...)

FERN. Le ha engañado miserablemente.

AZUC. ¿Pero qué me dice usted?

FERN. La verdad clarita.

TOMÁS (¡Este lo echa todo a rodar!)

FERN. Yo no puedo mirar con indiferencia a la mujer hermosa, porque adoro en usted, que para mí lo es todo.

TOMÁS (¡Ya está otra vez con la charada!)

FERN. ¡Y si ese imbécil de Tomás!...

TOMÁS (¡Arrea!)

FERN. Me ha presentado como un enemigo irreconciliable de las mujeres bonitas, yo le juro, por mi nombre, que después de castigar a ese zoquete, vendré a ponerme de rodillas ante su hermosura, para decirla que solo vivo para usted.

TOMÁS (¡Qué bruto! ¡Se le escapó la cuerda!)

AZUC. ¿Y la novia fea?

FERN. Otra invención de ese alcornoque, que tampoco puedo explicármela, porque no era esa la misión que le había confiado.

AZUC. ¡Ah! ¿Pero el señor Tomás fué enviado por usted?...

FERN. Para que me procurase un medio de llegar a esta entrevista.

AZUC. ¿Y él fué quien ideó este procedimiento, con agravios para las mujeres y el ridículo para usted?

FERN. El fué el autor de todo.

TOMÁS (¡No tiene más remedio que reconocer mi sapiencia!)

AZUC. En ese caso, retiro todas las palabras que hayan podido ofenderle a usted y las mantengo para el señor Tomás.

TOMÁS (¡Repámpano! ¡Ya puedo levantar el establecimiento!)

FERN. ¿Pero usted cree en mi cariño?

AZUC. Seguramente.

FERN. ¿Y lo acepta?

AZUC. Eso ya es otra cosa.

FERN. ¿No cree usted en mí?

AZUC. ¿Y por qué no? Y se lo agradezco en el alma, que contra la opinión del señor Tomás, las mujeres estimemos las galanterías de los hombres, sean quienes sean. Lo que pasa, y esto se lo dice usted a su maestro, por si puede servirle para otra ocasión, es que nosotras soñamos con un ideal, cierto o equivocado, que vendrá o no vendrá, pero que es nuestra idea fija y nadie podrá desviarla ni con halagos ni con desdenes.

Un hombre que quiera triunfar de la mujer, ha de ir a buscarla solito y por impulso propio, no a ofrecerla su cariño, sino a saber conquistar el de ella, con las armas de buena ley que estén a su alcance.

No siendo así, no le extrañe que las mujeres sigamos soñando.

TOMÁS (¡Esta mujer se va a pasar la vida en un sueño!)

FERN. Pero, ¿y si yo diese dos capones a Tomás, por haberme engañado, y volviese a buscarla a usted solito?...

AZUC. No se moleste, joven. Las batallas de amor, casi siempre se ganan por sorpresa. ¡Buenos días! (Mutis. Fernando y Tomás quedan anonadados.)

ESCENA VI

TOMAS y FERNANDO

TOMÁS (¡Hasta ahora sí que no nos ha hecho las diez de últimas!)

FERN. (Volviéndose a Tomás y enojado.) ¿Y tú qué dices de esto?

TOMÁS ¡Ya le dije *endenantes,* que era preferible la pulmonía doble!

FERN. Pero yo quise venir por derecho y tú me lo quitaste de la cabeza con tu sabiduría, y ya ves qué lección te ha dado.

TOMÁS ¡Sí que me la ha *querío* dar buena, pero a mí *neguaguam!*

FERN. ¡Claro, como que te la ha dado a ti para que la entienda yo!

TOMÁS Pero venga usted acá, alma de cántaro, ¿no quería usted un medio para parlamentar con ella? ¿No ha *estao* usté parlamentando? ¿No es eso ya un *trunfo?* ¿Usté cree que una fortaleza *inespunable,* se rinde en el primer ataque?...

FERN. ¡En eso llevas razón!

TOMÁS Y en todo. Si la digo que está usté *viruta* por sus trozos de mujer, se hubiera sonreído... ¡Ja, ja, ja! Y no le hubiese hecho a usté caso. En cambio la dije que la despreciaba usté por una fea, y se volvió *mochales* por echarle la vista encima, y usté lo ha visto. Hubo palique.

FERN. Pero para decirme, en fin de cuentas, que no me molestase.

TOMÁS ¡Miau! Para tan poca cosa no hubiera *gastao* saliva.

FERN. Entonces, ¿usted cree que si vuelvo formal?...

TOMÁS ¡Calle, hombre!... ¡Bien se conoce que está

usté en el epítome del amor! ¡Usté volverá, pero a seguir el camino emprendido y con armas más fuertes.

FERN. ¡No será insultándola!,..

TOMÁS Con el mutismo, que da mejor *resultao.*

FERN. ¡No entiendo!...

TOMÁS Enamorando a una soberbia moza de las que vienen aquí a la plaza. Eso corre de mi cuenta.

FERN. ¿Pero tú crees que vamos a encontrar mujer que quiera ayudarnos?

TOMÁS ¡Vaya! ¡Ya la tengo echada el ojo!...

FERN. ¿Y quién va a ser?

TOMÁS ¡La cangrejera!

FERN. ¡La cangrejera!... ¿Pero dónde se va a poner a competir con la otra?...

TOMÁS ¡Oiga usté, que no he dicho una tontería!... Claro que en posición no pueden igualarse, pero en cuanto a belleza... *¡Tampoco está pocha la cangrejera!* Y buena prueba de ello, es que cuando aquí planta su comercio *acuático*, la niña bonita no sale de su casa por no resistir a la competencia, conque excuso decirle si se dará o no a partido, en cuanto le vea hablando con su rival.

FERN. ¡Con esa lección, me has dejado suspenso!...

TOMÁS Pues con esa va a ir usté a la reválida.

FERN. ¿Y si Azucena no se da a partido?

TOMÁS Se arregla usté con la cangrejera y algo se chupa.

FERN. ¿Y no tendrá también su ideal?

TOMÁS Como todas.

Es el ideal eterno
de toda mujer soltera,
casarse lo antes posible,
y luego... ¡Lo que Dios quiera!

(Telón.)

FIN DE LA OBRA

Precio: UNA peseta